

truncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y á Moavia ben Salehi que de su orden habia ido á ofrecer una nueva patria á aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadi de los Cadies* ó juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderrahman las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando á los compromisos de Elvira, habia alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole *adaghel* (el aventurero, el intruso), y proclamándose emir legítimo de España. Dió Abderrahman el cargo de perseguirle al wali de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso *Marsilio* de las crónicas cristianas y de los romances moriscos ⁽¹⁾, que pronto recobró las plazas de que Yussuf se habia apoderado. Alcanzándole despues en los campos de Lorca, la huéste rebelde fué acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acribillado de heridas. Su cabeza fué enviada al emir, que la hizo clavar á una de las puertas de los muros de Córdoba. Asi acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail que gobernaba el oriente de España renunció el mando de su provincia y se

(1) Contraccion sin duda de *Omaris filius*, como llamarian los cristianos á Ben Omar, y despues por corrupcion *Marsilius* y *Marsilio*. Es el célebre personaje mencionado en los romances de Carlo Magno, en los cantos de Ariosto, y en la escena del retablo de Maese Pedro en el Quijote.

retiró á vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

¿Pero acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderrahman á no gozar momento de descanso en el trono como no le habia gozado en el destierro. Jamás imperio alguno habia sido mas espontáneamente ofrecido: ninguno habia de ser á costa de mas fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca á los odios de tribu y de familia, trasmitirse el encono de generacion en generacion y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebellion se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, ó en todas partes á un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderrahman, fuera cogido y su cabeza enviada á adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero á su vez, le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallára todavía indulgencia en el magnánimo corazón de Abderrahman, que se contentaba con enviarle á una prision de Toledo, nada bastaba á escarmentar aquella familia aviesa é incorregible; y escapados de una prision ó sacados de ella por sus parciales, volvian á hacer armas y á conmovier el imperio, y costábale á Abderrahman el sujetarlos ó largos cercos ó sangrientas batallas. Llegó el emir á ar-

repentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hizosele sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado á Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufría entretanto por otra parte el imperio musulmico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania gótica y de la Septimania árabe, caía, al cabo de cuarenta años de dominacion musulmana, en poder de Pepino, hijo de Carlos Martell, que llevaba siete años prosiguiendo activamente la obra de su padre. Despues de un largo asedio sucumbió aquel postrer baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnicion sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España habia intentado algun caudillo ismaelita llevar socorros á sus hermanos de Narbona, habia sido destrozado en el Pirineo de la España Oriental, que ya los cristianos de Cataluña se atrevian á ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, á caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderrahman estaba destinado á no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenian tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia á un vástago de la raza proscripta fundar un imperio en Occidente. El Califa Almansur, sucesor de Abulabbas, que habia trasla-

dado la silla del imperio á Bagdad, envió á las costas de Andalucía con poderosa huestes al walí de Cairvan Alí ben Mogueitz, que comenzó á recorrer el pais excitando la insurreccion contra Abderrahman, el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur Califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebellion mal apagada. Cada dia se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilánó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Ommiada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre é incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Alí entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Serranía de Ronda. Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairvan un trofeo sangriento. Sobre una columna ó poste se veia clavada una cabeza humana junto con algunos truncados miembros. Encima habia un rótulo que decia: *Asi castiga Abderrahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueitz, walí de Cairvan.* Eran la cabeza y miembros de Alí que el vencedor habia hecho transportar secretamente á la capital del emirato africano. Muy irritado debia estar Abderrahman para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo cle-

mente. ¡Cuánto endurece la guerra los corazones mas propensos á la piedad ⁽¹⁾!

Lo peor fué que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió á Sevilla, la saqueó, y corrió á encerrarse en Medina Sidonia, donde se habian reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fué sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular ó romper la línea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita por dos diferentes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Seranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y mas viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó en poder del terrible Marsilio, el cual temiendo que la excesiva bondad de Abderrahman le hiciese todavía gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria, segun costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Ommiada, despues de haber corrido por Egipto y Africa todos los azares, todas las vicisitudes de un proscripto, semejábese en Es-

(1) Añaden que el Califa exclamó con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (*Satanás*). ¡Loa-

paña á un bagel lanzado en medio del Occéano y contra el cual el Dios de los mares parecia complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Asi fué que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillage, enviaron á Africa á invitar para que viniese á capitanearlos al jóven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (*Meknasah*), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linage, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo á los de Elvira: «ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.» Halagó á Abdel-Gafir una invitacion que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su genio y carácter aventurero, y reclutando porcion de moros, dispúsose á venir á España. En vano Abderrahman quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso á pregon las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto á Almuñécar, y tremolando el negro pendon de los Abassidas, á que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, é incorporado á los insolentes guerrilleros de

aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredación, aunque limitándose á algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased El Schebani, cuya larga permanencia en aquella ciudad le había dado ocasión de conocer el genio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando á Elvira susceptible por su posición de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar mas oportuno, y comenzó á ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas de *Garnathah*, la ciudad de los Judíos, desde cuya altura podía dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca, abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fué cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Alcazaba se conoce hoy todavía en Granada y forma parte de la ciudad ⁽¹⁾. Pero Ased no pudo ver concluida su obra, porque encargado por Abderrahman de perseguir los rebeldes del distrito, despues de atácarlos briosamente á la cabeza de sus tropas y arrojarlos de sus posiciones, cayó mortalmente herido de una lanzada, y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar á

(1) Conde, part. II. c. 48.—Mármol, Rebel. de los morisc. lib. I.

un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibrahim, el cual tenia doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderrahman. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del walí, y protegidos por nuevos moros venidos de Africa, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda, y con continuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Ecija, de Sevilla y de Carmona, que los hacian replegar á sus montuosas guaridas (766).

Otros cuidados embargaban al propio tiempo á Abderrahman. Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacia, estábanlo tan flojamente, que mas bien que cerco parecia ser una tregua ó convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cual sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podía convertir á Abderrahman, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y así encargó al activo Teman ben Alkama que partiese á estrechar el sitio y apresurar la rendición de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatía en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar á nado por la parte superior del rio á Casim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber á la fuga su salvación.

Entretanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos á los alcaldes de Ecija, de Baena, de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walfes de Africa, empeñados en arrojar de España á Abderrahman, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron á las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del gefe abasida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró sérios temores á Abderrahman, que abandonando los alcázares y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en direccion del punto nuevamente amenazado. Mas antes de llegar á Valencia recibió aviso del walf de Tortosa de haber dispersado ya á los africanos y obligádoles á reembarcar con gran pérdida. En la refriega habia muerto su gefe el Seklebi. Abderrahman aprovechó esta ocasion para visitar la parte oriental de su imperio que aun no habia visto, y recorrió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habian logrado incorporarse con las de Abdel-Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió á tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hácia Sevilla. Noticioso de

esta aproximacion salió á su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, jóven tímido é inesperto, no avezado á los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas á su caballo y corrió á ampararse al lado de su padre. Marsilio indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera; *«tú no eres mi hijo, exclamó; tú no eres un Meruán: muere, cobarde.»* Y enristrando ciegamente la lanza le derribó del caballo, llenando de terror á los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fué la lucha que se emprendió al siguiente dia. El grueso de la faccion acudió á Sevilla en la confianza de que Ayud ben Salen les abriria las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó á Alxarafe (hoy San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido gefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas, sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo, y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salen se habia alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar, y degollado su guarnicion. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hor-

das entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walí fué brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados á saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fué aquella. Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada á los horrores del mas atroz vandalismo, vino á completar la confusion del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró por las calles de la ya horrorizada poblacion. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos, y el crugir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo dia vino á poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir con sus rebeldes se vió obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á Cazalla, y los sevillanos respiraron, que hartos lo habian menester ⁽¹⁾.

Cansado Abderrahman de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que á la cabeza de sus fieles zenetas queria lanzarse á castigar la audacia del

(1) Conde, cap. 49.

pertinaz é importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se habia pedido á Mérida. Llegaron al fin estas, y Abderrahman puso en accion todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente á las tropas rebeldes en las alturas de Ecija, y una hora de matanza puso término á la guerra de siete años que tenia fatigado el pais. El turbulento y porfiado Addel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfange. Mas de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del pais que habia sido teatro de la guerra, y clavadas segun costumbre en los muros de las ciudades sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la Alcazaba de Granada, en los torreones de Almuñecar, y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderrahman tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelion, y publicó un edicto de perdon para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen á su clemencia. Con lo que restituyó la paz á un pais de tanto tiempo

trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo de batalla de Ecija á Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que ademas de sufrir de sus heridas se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebató habia dado á su hijo. Abderrahman creyó conveniente alejarle de un pais que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walí de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habian de ofrecer á Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí habia de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nombre de *Marsilio* en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlo-Magno, de cuyos sucesos nos habremos luego de ocupar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Ecija, gozó al fin Abderrahman de una paz de diez años. Por de pronto para asegurar las costas de las continuas incursiones de los walíes de Africa, dedicóse á fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante (*emir-al-má*) al activo y fiel Teman ben Alkama, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimension que entonces se conocia en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almería y Cartagena, las de Al-

geciras, Huelva, Cadiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora á Abderrahman ocupado en plantear en sus estados una sencilla y sabia administracion á beneficio de la paz, y veamos lo que entretanto hacian los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.